



AMOR HUMILDE

Juan 13:1-17

Si le preguntásemos a Agustín de Hipona cuáles son las tres lecciones más importantes de la vida cristiana, él nos diría: "Humildad, humildad, humildad". Y es que tal vez la tragedia más grande de los hombres es que, mientras Dios se humilló, a nosotros nos acompaña nuestra soberbia. La soberbia es el peso gravitatorio que nos aparta de Dios y de nuestro prójimo; que nos amarra a las entrañas de nuestro propio corazón y no nos permite salir de ahí. ¿La buena noticia? Que Jesucristo viene a enseñarnos humildad. Él quiere darnos la dádiva de un corazón humilde.

I. LOS AMÓ HASTA EL FIN – EN PLENITUD.

"Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" Juan 17:4-5

Antes de la Pascua, Jesús sabía que su hora de partir había llegado y, habiendo amado a los suyos en el mundo, los amó hasta el fin. Su ministerio público había terminado y, ante la incredulidad de la mayoría de Israel, Jesús pasó sus últimas horas con sus discípulos más cercanos en un aposento alto en Jerusalén. Este encuentro se dio en un ambiente solemne y cargado de tristeza, pues Jesús sabía que al día siguiente sería crucificado. Aunque enfrentaría un sufrimiento infinito, también anticipaba el gozo de volver al Padre.

Jesús, consciente de que sus discípulos no podrían acompañarle todavía, quiso prepararlos para su partida, apaciguar sus temores y dejarlos en un lugar firme. Su amor, hasta entonces mostrado de manera constante, se expresaría en su máxima plenitud durante esa noche. En los capítulos 13-17 del evangelio de Juan, se documenta la enseñanza de Jesús en esa última noche: la promesa del Consolador, el amor del Padre, la necesidad de amarse mutuamente, la persecución que enfrentarían, y la preparación de un lugar para ellos en la casa del Padre. Estos capítulos son considerados el testamento de Cristo, destacando su amor insondable y glorioso.

II. LA NOCHE MÁS OSCURA.

Durante la cena, en el momento en que Jesús mostraba su amor en su máxima plenitud, la oscuridad del pecado y la traición se hacía presente. Judas Iscariote, influenciado por Satanás, estaba listo para traicionar a Jesús. La maldad no solo estaba en Judas; todos los discípulos abandonarían a Jesús y Pedro, el más destacado, lo negaría.

En esta densa oscuridad, el amor de Cristo brillaría con más intensidad, limpiando el pecado de la humanidad. Como señaló Pablo: "**Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros**" (Romanos 5:8). Así, el amor de Jesús se manifiesta en el mundo oscuro, proporcionando esperanza y salvación. Aunque Jesús regresaría al Padre, sus discípulos permanecerían, y en este mundo oscuro, la gloria de su amor se haría evidente.



AMOR HUMILDE

Juan 13:1-17

Jesús, durante la cena, se levantó, se quitó su manto, tomó una toalla y comenzó a lavar los pies de sus discípulos, una tarea humillante reservada para el esclavo de menor rango. Esta acción era inimaginable para un maestro, pero Jesús la realizó en silencio, demostrando su amor humilde y servicial. Este acto no solo simbolizó su servicio constante, sino que abrazó la humillación y la deshonra, anticipando el amor supremo de la cruz.

En contraste, los discípulos y la humanidad en general, están marcados por el orgullo. La sociedad actual valora la autoexpresión y el reconocimiento, promoviendo el individualismo y la búsqueda de la fama. Incluso actos de servicio pueden estar motivados por el orgullo. Carl Trueman señala que este deseo de ser el centro de atención impulsa muchos de nuestros proyectos, incluso los altruistas, y puede enmascarar el orgullo con una apariencia de justicia propia.

El orgullo no desaparece instantáneamente al seguir a Jesús. Los discípulos mismos, esa misma noche, discutieron sobre quién sería el mayor en el Reino. Este orgullo persistente requiere constante lucha y gracia divina para ser superado. La verdadera liberación viene al mirar a Jesús, quien, siendo el Hijo de Dios, se humilló para lavar los pies de sus discípulos y nos llama a seguir su ejemplo de humildad y servicio.

3 PRINCIPIOS EN EL TEXTO

I. La Interacción entre Jesús y Pedro

Pedro, impactado por el acto de Jesús lavando sus pies, inicialmente se niega, revelando su orgullo. Jesús le explica que si no permite que le lave, no tendrá parte con Él. Pedro entonces pide ser lavado por completo, a lo que Jesús responde que solo necesita lavar sus pies, simbolizando la limpieza diaria necesaria después de haber sido **justificado**, es decir la **santificación** que es el fruto visible de la raíz invisible, la justificación por la fe en Cristo. Este acto enseña que para servir con humildad, primero debemos ser servidos por Cristo y recibir su perdón diario.

II. La Fuente de la Humildad de Jesús

Jesús lavó los pies de sus discípulos sabiendo que el Padre le había dado todas las cosas y que volvía a Dios. Su humildad provenía de su conocimiento de su identidad como Hijo de Dios y su destino. El orgullo humano nace de la inseguridad y la necesidad de validación externa, mientras que la verdadera humildad se basa en la certeza de ser amado por Dios y coherederos con Cristo. La grandeza de Jesús le permitió humillarse sin perder su señorío. Reconociendo nuestra identidad en Cristo y siendo conscientes de nuestra herencia divina, podemos servir y amar con verdadera humildad.

III. La Necesidad del Servicio Humilde

Para terminar, leemos en el v.18: "Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis". Jesús afirma que seremos bienaventurados si practicamos lo que sabemos. El servicio humilde se encuentra en situaciones cotidianas y difíciles, como esposas sirviendo a maridos, hijos adolescentes a padres, o realizar tareas engorrosas necesarias para otros. La verdadera humildad se demuestra al servir a aquellos a quienes, sin el ejemplo de Jesús, no consideraríamos.